

Capítulo 1

**Mayo - Seguidores 1.000 -
Publicaciones 15 - Total likes 1.200**

—Venga, Nadia, solo se trata de dejar caer el tirante del biquini. Cualquiera diría que vas a enseñar algo...

—Es que no me convence esta línea, así, como provocativa.

—No seas *puri*, se trata de insinuar.

—Vale.

Ha sido mi primer «vale» a algo que no me gusta hacer, pero, si quiero aumentar mis seguidores, supongo que debo aceptar el juego. Ya hace más de dos años que estoy en Insta y justo ayer conseguí llegar a los 1.000. Menuda *fail* estoy hecha; algunas de mis amigas ya están por los 3.000, e incluso Amanda ha llegado a tener casi 6.000 seguidores y más de 15.000 *likes* en solo un mes. Claro que ella es como un imán para todos, con su melena rubia y sus ojos color miel y..., bueno, ya sabemos lo demás, sobre todo lo que tiene que ver con los chicos, a los que vuelve locos diciéndoles tonterías a cambio de que la sigan.

—Va, Nadia, pon esos morritos que me enseñas a veces por el Whats.

Por eso me he puesto en manos de Marta, una auténtica experta en lograr destacar en las redes. Ella maneja

la cámara del móvil como si fuera una profesional... Claro que a los doce años ya tenía un iPhone 6 con una cámara que era mucho mejor que la antigualla que me regalaron mis padres cuando yo los cumplí. Ahora tiene la versión 8 del iPhone, aunque está ahorrando como una loca para comprarse el iPhone X, ya que dice que lo peta para las fotos.

—Ahora date la vuelta y haz como que estás mirando a lo lejos, como si echaras de menos a ese tío que te gusta tanto.

—No sé de quién me hablas —le respondo avergonzada.

Espero que no sepa lo de Miguel. Yo no se lo he contado a nadie y, además, ya se ha acabado. De hecho, solo fueron un par de besos tontos que no irán a ninguna parte.

—No hablo de nadie en concreto, no seas pava. Solo imagina a alguien que esté bueno de narices y piensa en que te vendrá a ver un día de estos.

Nos reímos un rato porque nos gusta hablar de esas chorradas, aunque la verdad es que ni ella ni yo tenemos ganas de liarnos en serio con nadie. Ella solo parece pensar en dedicarse a la fotografía y la moda y por eso sigue varios canales de fotos en YouTube y en Insta, y ha empezado a colgar algunas de sus imágenes retocadas en una página con un nombre raro. A mí me encanta su estilo y lo único que espero es que, cuando triunfe, se acuerde de lo amigas que somos desde que empezamos la ESO y de que ahora que estamos en Bachillerato, pese a no hacerlo juntas, seguimos muy unidas.

De hecho, fue ella la que me convenció para dar un salto en mi aburrida vida y tratar de sacar partido de Insta y de mi facilidad para quedar bien en casi todas las fotos. O eso dice ella, porque, lo que es yo, me veo siempre mal y me fijo sobre todo en los defectos.

Hacemos unas cuantas fotos más y nos volvemos al insti. Nos hemos saltado la clase de historia y la de inglés. La historia no me importa para nada, o sea, que me da lo mismo suspender o no. ¿De qué me va a servir saber si Stalin era un zar ruso o quién fue el que ganó la maldita batalla de Verdún o como se llame eso?

En cambio, sí que trato de mantenerme al día con el inglés. Si me voy a dedicar a algo internacional, más me vale dominarlo o, cuando me hagan una entrevista, voy a quedar como una idiota.

Cuando observo a las *influencers* que voy siguiendo, veo que la mayoría dominan al menos el inglés. En cambio, dudo mucho que ninguna de ellas se acuerde de quién ganó esa estúpida guerra mundial.

Hoy hemos ido a la playa porque, si quieres aumentar tus seguidores, lo mejor que puedes hacer es sacarte fotos en sitios especiales, y el mar siempre lo es. Todavía hace frío, de manera que hemos tenido que aprovechar los ratos de sol para quitarme la ropa de encima y hacer las fotografías.

—Mañana te las paso —me dice Marta cuando salimos del metro y llegamos al insti de regreso.

—Vale, pero antes retócalas, ya sabes.

—Pues claro, ¿qué te crees? —me responde haciéndose la ofendida.

No sé por qué le he dicho nada, no hacía falta. Solo los pringados cuelgan las fotos sin repararlas con alguno de los programas que puedes descargar de forma gratuita. Metes algún filtro y a lo mejor un par de *emojis* divertidos, y ya tienes una foto decente para colgar.

—No te olvides de mis piernas... —le recuerdo.

Ella sonríe y me hace un signo con el pulgar para indicarme que lo sabe.

Odio mis piernas.

De todo mi cuerpo, esa es la parte que más odio.

No recuerdo cuándo empezaron a desarrollarse como si tuvieran vida propia. Hago lo que puedo por controlar su enorme anchura, pero apenas consigo que no parezcan las columnas de un museo. Dos veces por semana voy a pilates o a natación, porque me dijeron que con eso controlarían su volumen sin desarrollar demasiado la musculatura. Tampoco quiero parecer una de esas deportistas cachas desproporcionadas. Hago dieta desde siempre y no como nada que pueda ir a parar *justo ahí*.

Y, sin embargo, no dejan de ensancharse.

Desde que ya hace unos cuantos años me vino la regla, mi cuerpo decidió desarrollarse como por zonas. Primero el trasero, después las caderas y, por fin, el pecho, que parecía mantenerse escondido a la espera de acontecimientos. Ahora ya lleno el biquini de sobras, porque hace solo un año y medio podía quitarme la parte de arriba y seguía casi plana como una tabla.

Las únicas que no han dejado de crecer nunca han sido mis piernas.

Por eso, las fotos de Insta las acostumbro a cortar por debajo de la cintura.

Llego al insti justo a tiempo de empezar una *apasionante* clase de filosofía y aprovecho que el profe se enrolla mucho para consultar mi perfil. He tenido algunos *likes* más de la foto que me hice la semana pasada en las escaleras de la Sagrada Familia, aprovechando una visita cultural. Marta consiguió difuminar del primer plano a los cientos de *japos* que pululaban por allí como si fueran mariposas de esas que atrae la luz en verano.

Pero, aun así, no paso de los 80 *likes*. Solo una vez conseguí llegar a los 100 y fue en una foto que me hice yo misma en la galería del piso de mi abuela el día que celebramos mi cumpleaños número dieciséis. Es uno de esos pisos antiguos con cristales de colores en la galería, y pude pillar una buena luz que reflejaba los matices coloreados en mi nuevo jersey blanco. Creo que también ayudó bastante que se me ocurrió un ingenioso juego de palabras para etiquetarla: #ColorRun, como esas carreras que organiza la marca Desigual y donde todo el mundo lanza una especie de polvo de colores y queda genial.

Estoy deseando ver las fotos de hoy por si consigo pasar de esa cifra, así que me dedico a pensar un poco en el título que puedo ponerles. Como he dicho, todo ayuda.

Echo una ojeada al perfil de Amanda, aunque no debería hacerlo porque sé que me va a doler. Ella es ese tipo de chica genial, la popular de la clase desde que teníamos doce años. La de las tetas grandes y el

tipo perfecto, la que monta fiestas superchulas en su casa de tres pisos y cuelga decenas de fotos cada mes. La que se va de vacaciones con su familia a Miami en verano y a los Alpes en invierno. Pero no es solo por la pasta, es por el estilo.

Efectivamente, no debería haberla abierto, su página no deja de acumular seguidores —ya tiene más de 6.000— y sus fotos acumulan *likes* como ella admiradores entre los chicos de segundo de Bachillerato. La imagen que más reacciones consiguió casi llegó a los 3.000 *likes*. Claro que en esa foto se la veía con un bikini naranja diminuto en una playa de aguas turquesas y jugando con un delfín.

¿Quién puede competir con un maldito delfín?!

—¿Ya vuelves a colgarte otra vez?

La que me pregunta es mi otra gran amiga, Raquel, con la que he coincidido desde que empezamos en P3. Nuestras familias se han hecho también muy amigas con el paso del tiempo y de los cursos, e incluso hemos ido juntos de vacaciones algunos años. Mi vida ha ido siempre unida a la de Raquel...

O eso creía yo hasta hace unos meses.

—No, es solo que me aburro —le respondo mientras el profe sigue a lo suyo con los sofistas y otras especies de humanos.

—Pues estamos ya en el tercer trimestre y nos jugamos el curso, o sea que tú verás.

Yo veré, tiene razón. Y seguramente ella también lo verá si sigue con esa obsesión que se le ha metido en la cabeza este curso por sacárselo todo con buenas notas. Antes las dos nos reíamos en clase y hacíamos de las

nuestras, pero desde que hemos empezado el Bachillerato parece que algún bicho se le ha metido en el cerebro y se ha vuelto responsable y algo aburrida. Seguramente desde que decidió que quería ser economista y trabajar en temas de empresa y esas cosas se lo toma todo muy en serio.

No entiendo cómo alguien quiere ser economista, si son los más aburridos de todos. Por eso ahora nos vamos desconectando poco a poco; lo noto y creo que ella también.

—Me importa poco el tercer trimestre. Esto es un rollo insoportable —le digo por decimotercera vez este curso.

Ella me mira con esa expresión de suficiencia que se gasta desde que empezó a creer que podría meterse a competir en el mercado de la bolsa y los balances económicos.

—¿Y qué vas a hacer si no pasas el curso?

Esa es la pregunta..., la que me ha estado comiendo la cabeza desde que todo el mundo parece haber decidido que ya es hora de que piense en mi futuro.

—Voy a ser una *influencer* —le respondo para mi propia sorpresa.

Me doy cuenta de que es la primera vez que lo expreso en voz alta, que me ha salido de algún lugar oculto en mi interior y que, tal vez porque estoy harta de esa pregunta, de repente ha emergido como un iceberg que llevara miles de años sumergido.

—¿Estás loca? —me responde ella con auténtica sorpresa en la mirada.

Estoy a punto de contestarle que sí, que lo estoy, cuando el profe de *filo* nos mira fijamente para advertir-

nos que ya es la segunda vez que nos ha visto hablando y que a la próxima nos caerá un punto negativo para la hoja de seguimiento.

Raquel se concentra en lo suyo y yo trato de hacer lo mismo, sin éxito.

¿Realmente quiero ser una *influencer*?

No estoy muy segura de cómo he hecho el proceso mental, pero me doy cuenta de que, efectivamente, esa es la respuesta que buscaba desde hacía muchos meses.

Sí, sin dudarlo.

Llevo metida en las redes desde que abrí mi primer perfil falso en Facebook a los once años, a escondidas de mis padres y con una edad supuesta de dieciocho. Desde entonces, descubrí que me encantaba colgar cosas y que la gente interaccionara conmigo.

Siempre hay algún idiota que cree que, por ser una chica, tiene el derecho a decirte todo tipo de idioteces o a intentar ligar, aunque no le hagas ni caso. Pero la mayoría de la gente es genial.

Hace un par de años dejé de actuar en Facebook porque aquello se había ido poblando de adultos que solo cuelgan sus chorradas de vacaciones o su música de hace mil años. El día que vi que mi propia tía había abierto una página allí, cerré la mía y me trasladé a Instagram. También utilizo Snapchat, aunque esto sobre todo al principio, cuando no había otra manera de compartir historias que no querías que quedaran colgadas para siempre. Empecé un blog, aunque lo dejé colgado y puede que ahora lo reactive. También abrí mi propio canal en YouTube, pero lo utilizo más

bien poco..., más bien nada, porque no tengo tanto para explicar.

Me encanta vivir en las redes. En casa son de ponerme dificultades para salir y la verdad es que tampoco tengo tantas amigas como para pasarme el día por ahí, de manera que no tengo nada mejor que hacer con mi vida que dedicarme a navegar en la red.

Un domingo por la tarde, con mi padre mirando el fútbol, mi madre en el ordenador y mi hermano mayor encerrado en su habitación..., ¿qué se supone que debo hacer yo?

Pues eso, para salir de este mundo aburrido se crearon las redes sociales. Además, aquí puedo ser quien yo quiera, mostrar mis puntos fuertes y esconder todo lo que no me gusta de mí. No necesito ser simpática, solo parecerlo; no necesito estar superdelgada y morena porque siempre hay algún filtro que me ayuda; no necesito cargar con mi timidez porque no tengo a nadie delante para ponerme a balbucear o a quedar como una idiota...

No necesito ser yo misma, sino esa que me gustaría llegar a ser.

Cuando acabamos la clase, Raquel se me acerca antes de poder salir del aula.

—¿Te has vuelto loca? —me dice reemprendiendo la conversación cortada.

Su tono me cabrea. Yo no me meto con ella por querer ser una friki aburrida.

—¿Y tú?

Ella se queda pensativa unos segundos antes de responder.

—No es lo mismo para nada.

—¿Qué tiene de diferente querer ser una *influencer* o meterse a diseñar planes económicos y gráficos horribles?

—No todo lo de la empresa es tan aburrido como eso —me responde con cierta arrogancia.

Es eso lo que le noto, arrogancia, porque cree que ella es mucho más lista que yo.

—¿Qué tiene de malo? —le insisto.

Me mira como si no entendiera cómo es que tiene que explicarme algo tan obvio.

—¿De verdad quieres ganarte la vida enseñando tu intimidad en las redes?

Otra más que solo ve la fachada.

Esta vez soy yo la arrogante:

—Hay gente que se gana muy bien la vida, como seguro que ya sabes. No enseñan las tetas y ya está, se lo curran mucho para vender ropa y otras cosas.

—Sí, seguro. Deben de pasarse el día muy estresadas —me responde con sarcasmo.

No soporto a la gente que juzga sin saber..., aunque reconozco que yo lo hago a menudo.

—No sabes nada de eso —le suelto sin disimular mi mal humor.

Ella me sonrío. Supongo que intenta que ese distanciamiento que ambas notamos no se ensanche todavía más.

—Supongo que no, pero.... ¿en serio una *influencer*?

Cuando lo oigo en boca de otra persona, me suena raro. Sin embargo, en mi cerebro cada vez está más claro. Quiero ser como ellas, como las que se sienten

adoradas por los demás, las que ganan una buena pasta por cada *post*, pase o exposición que hacen.

Paso el resto de la mañana como puedo porque, si ya normalmente estoy desconcentrada, ahora estoy en plena ebullición.

¡Lo he hecho! ¡He tomado mi decisión!

Mamá siempre me dice que soy una indecisa crónica, incapaz de elegir sin ponerme a pensar en todo lo que me pierdo cuando escojo una opción.

—Eres como tu padre —me suelta cuando ya no puede más de ver que dudo ante todo.

A ver qué me dirá ahora cuando vea que ya sé lo que quiero.

En cuanto acaban las clases de la mañana, me despido de Raquel con un gesto rápido y le envío un wasap de voz a Marta para preguntarle si ha podido hacer algo con las fotos. Me responde riendo y diciendo que si me he fumado algo, porque ha tenido el mismo tiempo que yo, o sea, cero.

Lo que quiero decirle en realidad es que he tomado una decisión y que cuento con ella para que me acompañe en esta aventura.

—Necesito una fotógrafa —le digo enseguida en otro mensaje.

Esperaba una respuesta inmediata y, además, entusiasta. Sin embargo, ella no graba nada. A lo mejor se ha desconectado o ha perdido cobertura. Su clase está en una zona donde a veces no llega el wifi y tampoco va sobrada de datos. Pero no es eso. Lo descubro cuando recibo su siguiente mensaje después de más de treinta segundos, toda una eternidad.

—Supongo que con eso quieres decirme que yo no doy para ser una *influencer*... Bueno, es posible, pero no sé, a lo mejor me hubiera gustado que no lo dieras por hecho, ¿sabes?

Ahora soy yo la que hago una larga pausa de quince segundos antes de responder. Acabo de meter la pata y me doy cuenta de que, si entro en esto, deberé andarme con cuidado.

—¡No! ¡No! No quería decir eso —le miento aun sabiendo que ella lo sabe—. Podemos hacerlo juntas, aunque aprovechando que tus fotos son geniales.

Esta vez no tarda nada en responder. Veo que está grabando.

—Haré tus fotos, no soy tonta —me dice simplemente.

Tendré que ir con pies de plomo porque la gente se ofende enseguida.

Iba a responder, cuando me llega otra.

—No soy ni la mitad de guapa que tú y quedo fatal en las fotos, ya lo sabes. Además, lo mío es hacer que las otras parezcan geniales, cosa que no consigo conmigo misma.

¡Uffff!

Y otra.

—Y deja de decir nada sobre tus piernas, ¿quieres? Cada vez que lo haces, miro las mías y me las recortaría como en uno de esos juegos de recortables con los que jugaba cuando era pequeña.

Larga pausa, me toca.

—Yo también jugaba.

No sé qué más decirle.

—En cuanto llegue a casa me pongo con las fotos de hoy —me dice para cambiar de tema—. Y, si quieres, hablamos de cómo lo vamos a hacer. Con mil seguidores no vas a ninguna parte.

—Lo sé, por eso te necesito —le digo con sinceridad.

—Sí, me necesitas —me responde.

Y aquí lo dejamos de momento. Creo que todavía no he empezado ni a planteármelo y ya he hecho daño a una amiga..., o tal vez a dos.

Va a ser difícil no levantar envidias y resentimientos. He escuchado entrevistas a algunas de las *influencers* más destacadas y todas coinciden en que su éxito les ha traído problemas con algunas personas cercanas, ya fuera por envidia o porque han tratado de aprovecharse de su marca personal para fines propios.

También con eso deberé ir con cuidado.

Pero aquí no se acaban los problemas, antes o después tendré que explicarlo en casa. Sin embargo, por ahora no es ni siquiera el esbozo de un proyecto, de manera que ya me preocuparé cuando llegue el momento... si es que llega.

De camino a casa, tomo el autobús y ni siquiera me siento al principio. Aprovecho el trayecto para ponerme al día de las tendencias para el verano que ya se avecina. Me conecto a YouTube y voy saltando de canal entre algunas de las *influencers* que más sigo: Dulceida, Escanes o María Pombo, que está subiendo tanto que hasta ha hecho un doblaje para una peli de dibujos.

—La mejor manera de combinar los colores este verano es romper con la aburrida monotonía de los colores. Nada de biquinis uniformes, hay que romper

con lo convencional... —propone una de ellas con cara de estar a punto de tomar la Bastilla.

—Para que las bases de maquillaje no se nos derritan en la cara con el calor, la mejor es esta que proponen los de Essential, con un diez por ciento de aguacate y otros ingredientes del todo naturales. La he probado y mirad cómo me queda... —me explica la otra.

No es que yo me lo crea todo. Soy muy consciente de lo que es publicidad y de lo que realmente es un consejo útil.

Aquí, hasta las tomas falsas son realmente falsas.

Yo no pretendo ser como ellas, ni siquiera acercarme. Estamos hablando de gente que tiene decenas o incluso cientos de miles de seguidores.

A mí me falta mucho..., muchísimo.

He de trazarme un plan, algo agresivo que me permita ir ganando terreno rápidamente. Si mis cálculos son correctos, tengo, como mucho, tres o cuatro años para tratar de conseguirlo, porque después será tarde. Las que llegan a los veinte sin haber hecho algo de ruido difícilmente lo consiguen.

Un plan.

—Oye, niña, ¿no ves que estos son asientos reservados?

Una señora con cara de mala leche me da unos golpes en la pierna con una especie de bastón metálico que maneja como si fuera una de esas luchadoras locas tipo *Kill Bill*.

Miro hacía el pequeño letrero que me está señalando con su bastón mortal y veo que la señora tiene razón.

—Yo... lo siento, no me he dado cuenta.

Tampoco me he dado cuenta de que el autobús se ha ido llenando de gente y de que casi no cabemos.

—Sí, claro —me suelta la señora mientras trata de depositar su enorme cuerpo en el sitio que le he dejado libre—. Los jóvenes de ahora solo miráis vuestros aparatos y ni siquiera sois capaces de dejar sentar a una anciana.

—Yo... no... —trato de disculparme mientras compruebo que casi me salto mi parada.

Pero la mujer no está dispuesta a escuchar, tiene su juicio hecho sobre *todos* los jóvenes y no va a cambiarlo por mí.

Me deslizo suavemente hacia la puerta mientras siento su mirada clavada en la nuca.

Cuando bajo, todavía me quedan algunas calles hasta casa, así que aprovecho para repasar mis puntos fuertes y mis puntos débiles antes de trazar ese plan que necesito urgentemente.

Soy una estudiante mediocre, eso lo sé, pero tengo otros talentos y debo aprovecharlos. El tutor de este año es muy buen tío y se enrolla con nosotros. Siempre nos dice que cada uno debe encontrar en qué es bueno y seguir ese camino.

¿En qué soy buena?

No soy superguapa, aunque también sé que tener los ojos color azul intenso ayuda a distinguirse. Mi pelo moreno combina bien con ese tono de ojos y tampoco puedo decir que esté gorda..., a pesar de mis piernas enormes. Hago dieta estricta desde hace un año y, aunque mamá lo sabe y me dice que debo comer sano, lo cierto es que ella también se pasa el día mordisqueando apios o cosas asquerosas de esas. Dice que, en el mundo

de la empresa, la presencia es importante y por eso trata de mantener a raya los kilos y los años. Papá se ríe de eso, pero sé que le gusta presumir de que su mujer todavía «está buena»; se lo he oído decir cuando está con sus amigos viendo el fútbol y creen que yo llevo cascos y que no me entero de nada.

Cuesta creer que tu propio padre sea así de machista, como si no lo sufriera ya bastante fuera de mi propia casa.

Vuelvo a mi autoanálisis.

En la vida real no llamo la atención, paso desapercibida y soy de esas que pueden marcharse de una fiesta y la gente no se da ni cuenta. Creo que me falta algo..., siempre me falta algo. Es como si mi mente tratara de despegar pero mi cuerpo estuviera atado con una cuerda al suelo.

—Hola, cariño —me dice mi padre en cuanto entro en casa—. ¿Tienes deberes?

Siempre me dice lo mismo, como si todavía tuviera ocho años.

—Sí, algo —le respondo sin ganas.

Me pongo enseguida con el ordenador en mi cuarto y trato de hacer lo justo para estar más o menos al día y que mis padres no se metan demasiado en mi vida.

—¿No tienes libros? —insiste papá, que cree que estamos todavía en el siglo xx.

—No, todo está colgado en la *net* del insti.

—Pues menuda gracia. Con los libros no es lo mismo, hay mucho más de contenido.

—Bueno, no sé, es lo que hay.

Me conecto enseguida con la excusa de un trabajo pendiente y papá me deja en paz. Desde que todo es virtual, es mucho más fácil hacerles creer que estás

trabajando duro mientras paseas por Insta o compras algo en Amazon. Incluso papá me dio algo de dinero el otro día porque, según él, llevaba dos horas sin levantar la vista del trabajo de lengua que se suponía que estaba haciendo. Pobre, hasta me supo mal que fuera tan ingenuo y estuve a punto de devolverle los diez euros.

A punto.

Cenamos y abordamos otra vez el tema del día, del año diría yo: «qué quiere estudiar mi caprichoso hermano». Como es el primero que va a ir a la universidad, en casa están que se les cae la baba con él. No es que sea un *nerd*, ni mucho menos, pero Alberto está a punto de acabar el Bachillerato social y ahora llega el momento de la gran decisión.

—No hay nada más seguro que estudiar Derecho. Eso no pasa de moda en el mercado de trabajo. Siempre hacen falta abogados o juristas..., aunque eso es decisión tuya, claro.

Papá juega sus cartas y finge que no quiere influir en su decisión —en su indecisión diría yo—, pero en realidad hace ya tiempo que empezó su campaña para que estudie Derecho. Mamá solo quiere que decida de una vez; está harta de vivir con gente indecisa. Naturalmente, no se lo dice y le muestra todo su apoyo, aunque, si llegamos al verano sin saber nada, creo que irá a matricularlo ella misma a cualquier facultad que encuentre.

Y en cuanto al protagonista del año..., creo que ya hace tiempo que ha decidido meterse en Magisterio. Quiere ser profesor. Lo sabe, pero le gusta esa sensación de que todo el mundo esté pendiente de él, así que deja que pase el tiempo y aparenta que se lo está pensando.

¿Un hermano profe?

Bueno, supongo que hay cosas peores.

Después de cenar, Marta me envía un mensaje con las fotos retocadas. Me encantan.

Se me ve distinta a como soy, y eso es exactamente lo que busco, lo que quiero que vean los otros de mí. Marta lo ha vuelto a conseguir y quiero decírselo ahora que ha surgido algo de mal rollo entre nosotras.

No la llamo. De hecho, hace meses que no uso el teléfono como tal. Solo cuando me llaman mis padres o mi primo respondo como se hacía en el siglo pasado. A los adultos les cuesta entender el concepto de asincronismo, de poder hablar como si fuera en directo pero sin necesidad de silencios absurdos por en medio. Lo de mi primo Salva es otra historia.

Le mando a Marta un wasap grabado.

—Tía, eres un genio. No sé qué has hecho esta vez, pero han quedado fantásticas.

Pasan apenas unos segundos, cuando recibo la respuesta.

¿Dónde le ven los adultos el problema a comunicarse así?

—He encontrado un filtro muy chulo que difumina un poco la luz y la hace más de verano. Así casi parece que estés en alguna playa caribeña y no en la Barceloneta.

—Es muy bueno. Además me veo como más mayor. ¿De dónde lo has sacado?

—Bueno, estuve navegando un buen rato y encontré una demo de un *youtuber* americano que enseñaba cómo descargarlo y cómo usarlo. Es un tío genial al que iré siguiendo seguro.

Esa es otra de las cosas que a menudo le cuesta entender a gente como mi padre. La mayoría de lo que necesitas ya no está en las bibliotecas o en las tiendas especializadas, como él se cree. Todo, todo, todo está en la red y, si además dominas el inglés como Marta, no necesitas salir de casa para conseguir cualquier cosa.

Ni de casa, ni de tu habitación.

—Esa donde llevo la blusa blanca no me gusta tanto, se me ven los brazos colgando y parece que tenga una morcilla. ¡Ja, ja, ja!

Me río forzosamente porque odio esa foto y no entiendo cómo es que simplemente no la ha borrado.

—Lo sé, pero no hay para tanto —me responde en unos segundos—. Además, con ese escote que llevabas, pensé que valía la pena dejarla.

Con lo del escote tiene razón, aunque es exagerado solo porque la foto está tomada mientras estaba en una postura rara. En general, no me gusta participar en una exagerada exhibición del cuerpo, aunque Marta siempre me dice que, si quiero ganar seguidores, algo tendré que arriesgar.

Tal vez tenga que escucharla.

—Vale, déjala, pero recórtame un poco el colgajo ese del brazo.

—Lo retocaré, no te preocupes.

—Si la tienes para mañana, la colgaré —le digo satisfecha.

—¿Y hoy? ¿Qué vas a colgar? No puedes llevar este ritmo.

Sé que, si quiero hacer algo en Insta, tendré que ser mucho más activa, ya lo hemos discutido. Ahora

cuelgo tres o cuatro fotos por semana y creo que eso tendrá que cambiar mucho. Algunas de las chicas a las que sigo cuelgan cinco o seis fotos *al día* y, cada vez más, también vídeos y directos.

—Para hoy creo que voy a poner la del tirante y la otra donde estoy saltando, ¿qué te parece?

Se lo pregunto, pero no porque vaya a cambiar de opinión. Si algo tengo muy claro es que mi imagen la controlo yo y nadie más.

—Bueno, vale, esas dos están muy chulas, pero mañana la del escote.

—Vale.

Las miro de nuevo para ver si detecto algo que no cuadre o que pueda provocar cachondeo. Hay que ir con mucho cuidado cuando cuelgas algo, lo dicen todos los manuales de *instagrammers* que he leído en estas últimas semanas. Puedes tener una reputación perfecta durante meses y, si metes la pata en alguna foto porque se te cuele una abeja en una imagen o un tío borracho en un vídeo, estás perdida. La gente está dispuesta a destrozarte a la más mínima oportunidad.

Que se lo digan a las *grandes*, que siempre tienen a alguien que repasa las imágenes una y otra vez y, aun así, si por lo que sea se les cuele algo de celulitis o una pose mal planeada, se desencadenan los infiernos en forma de comentarios sarcásticos o incluso los temidos memes.

Cuando alguien hace un meme de ti, o eres muy famosa y puedes pasar de todo, o estás muerta en las redes.

Le pasó a una de clase que colgó una foto mientras paseaba con un caballo en una hípica donde da sus clases.

No se dio cuenta o no fue lo suficientemente precavida y la lanzó sin ver que, al fondo, aunque un poco borroso, se veía un caballo intentando montar a una yegua.

La pobre tuvo que aguantar todo tipo de bromas en Insta y en su página de Facebook. Recibía comentarios groseros o directamente asquerosos hasta que a unos gilipollas de su curso se les ocurrió hacer un meme de esos caballos con ella en primer plano..., algo muy degradante y machista que hicieron correr por la red, donde la gente lo encontró gracioso y lo reenvió a todas partes. Ella no tuvo más remedio que cerrar sus cuentas y desaparecer un tiempo del mundo virtual. Tal vez pueda volver algún día, pero siempre habrá quien se lo recuerde, o sea que, desde ese punto de vista, está acabada.

Por fin, cuelgo las dos y las etiqueto con palabras clave como #love, #InstaGood o #PhotoOfTheDay. Leí en algún sitio que esas eran las etiquetas más utilizadas y las que obtenían un mayor alcance. Les doy un último vistazo y quedo contenta con el resultado.

En la primera se me ve a mí, con el tirante caído de un bikini genial que compré por Internet. Gracias a los filtros de Marta, parezco mucho más morena de lo que estoy, lo cual es una enorme ventaja teniendo en cuenta que todavía estamos en mayo. Adelantarse a las tendencias es otro de los trucos que utilizan las mejores, o sea que por ahí voy bien.

La otra es divertida, salgo dando un salto en la playa como si estuviera en plena fiesta en Ibiza. Siempre hay que poner una de esas que muestran que tu vida es una diversión constante, aunque en realidad sea un muermo y una mierda.

¡Qué feliz que soy! ¡Qué perfecta es mi vida!

Parece un poco simple, pero eso es lo que la gente que mira las fotos quiere ver, aunque sospechen que es falso. En el fondo, es lo mismo que nos lleva a ver esas películas de amor absurdas donde todo acaba bien o las de violencia imposible que le gustan a mi hermano, en las que el héroe siempre gana, cuando lo normal sería que muriera en el segundo minuto de la peli.

Sabemos que todo es falso, pero, aun así, nos enganchamos, seguramente porque nuestra propia vida no da para mucho en realidad.

Como la mía, que, si la tengo que contar de verdad, acabo en dos minutos.

O en uno.

—¿Lo dejas ya? —me dice papá, que insiste en entrar en mi habitación sin pedir permiso.

—¡Papá!

—¿Qué pasa? ¿Hay algo que no quieras que vea? ¿Algún secreto inconfesable?

—No seas pesado, es solo que no me gusta que entres así. ¿Y si me estoy cambiando?

Papá sonrío y ya sé lo que me va a decir.

—Mira, pequeña, te he cambiado los pañales miles de veces, o sea que no voy a asustarme.

Odio cuando lo dice.

Odio cuando insiste en tratarme como a una niña pequeña. Tal vez a él le cueste aceptar que ya no lo soy, pero va a tener que acostumbrarse.

Por suerte hoy no estoy para broncas, así que dejo que me pregunte por el insti como hace siempre. Parece

que solo le preocupe ese aspecto de mi vida. Y a lo mejor es así.

Y antes de salir, la frase familiar que solo él utiliza:

—Ya sabes, Nadia, debes hacer honor a tu nombre.

Me lo repite por lo menos un par de veces al mes. Dice que me pusieron ese nombre en honor a una gimnasta muy famosa que deslumbró al mundo en unos Juegos Olímpicos en Montreal. Consiguió nada menos que cinco medallas y fue la primera en obtener un diez en gimnasia, o sea, la perfección.

¡Menudo favor me hicieron al ponerme ese nombre!

Cuando mi padre se entere de que yo estoy haciéndome un nombre en la red y no en el gimnasio seguramente se sentirá más que decepcionado, y también mamá. Sin embargo, me gustará ver qué pasa si empiezo a ganar dinero de verdad. La mayoría de las *influencers* que conozco tienen como mánager a sus propios padres, o sea que tal vez yo ahora no sea una chica diez, pero, si conviene, bajarán el nivel de sus expectativas y aceptarán lo que les venga.

Los padres cuyas vidas parecen ser supercoherentes y superresponsables tampoco hacen ascos a cambiar sus principios por otros si hace falta.

Antes de cerrar los ojos, no puedo evitar conectarme y echar un vistazo al móvil, que siempre duerme conmigo.

¡Tengo diez nuevos seguidores! ¡Y en solo dos horas! Esto funciona y voy a ir muy en serio.

Haré lo que haga falta, de eso nadie debería tener dudas.

Y si alguien las tiene, ya verá de lo que soy capaz.